Tengo un solo amor, pertenezco á una sola mujer, y ésta no es de aquellas por quienes puede haber motivo de rivalidad.

Héctor palideció, y parecióle como que su corazon saltaba en pedazos.

Marcelo hablaba de Lazarine, y el príncipe estuvo á punto de exclamar:

—Esta mujer no os ama, ni os ha amado, ni podrá amaros jamás. Sois su verdugo, su enemigo, y precisamente por librarla de vuestras persecuciones es por lo que he querido batirme con vos, y que hubiera deseado mataros.

Sin embargo, habia prometido callar, acordóse de su juramento, y murmuró:

—Continúo sin comprender una palabra. No siendo esto, ¿qué era, pues, lo que habíais supuesto?

XIV

—¿No os habeis batido jamás, no es esto?—preguntó Marcelo Laugier.

—Jamás—respondió Héctor.

—Me lo presumí—prosiguió el ex-oficial sonriéndose.—Supuse que deseabais batiros con el primero que se os antojase, fuese cualquiera el pretexto, y mi aire militar, mi bigote y cinta roja me designaron como el adversario mas conveniente, por lo que me hicísteis el honor de elegirme para este objeto. ¿Me equivoqué acaso?

—No por cierto—replicó el príncipe, procurando ocultar su confusion porque le repugnaba mentir.

—Me alegro haber acertado—continuó Marcelo tomando por formal equiescencia tan vaga respuesta.—Habeis hecho vuestro primer ensayo con un aplomo que supera á todo elogio. Habeis recibido de mi mano el bautismo de sangre, y nada se opone ahora á que sincero y cordial afecto reemplace el humor guerrero que nos puso uno en frente de otro en el campo de honor. Si la simpatia que me inspirais es recíproca, seguro es que no seguiremos indiferentes el uno para el otro. No os apresureis en contestarme.... La amistad no puede imponerse, lo conozco muy bien.... Contais desde luego con la mia: esperaré á obtener la vuestra y lo esperaré sin impaciencia, porque, tarde ó temprano, estoy seguro que la obtendré.

El embarazo de Héctor crecia con estas pa-

labras, cuya lealtad y franqueza impresionaban su corazon.

Hubiera querido estrechar desde luego las manos de Marcelo diciéndole:

—¡Seamos amigos desde luego!

Sin embargo, los motivos que conocemos no podian llevar á cabo su resolucion, y queria no ver en su adversario mas que al perseguidor de la marquesa de la Tour du Roy.

Balbuceó algunas excusas inspiradas por la educacion, excusas que Marcelo pudo interpretar á su gusto.

El ex-oficial repuso despues de un momento de silencio:

—Si no os hubiera visto hoy, mañana hubiérais recibido una carta mia.

—¿Qué teníais que decirme?—preguntó el jóven.

—Tenia necesidad de justificarme de antemano de un crímen de lesa cortesía que cometia, que parecia al menos que cometia... Desde mañana no me será posible venir aquí, ni aun enviar á saber de vos.

—¿Como así?—dijo el príncipe, presa de un instantáneo presentimiento.

—Por la razon mas sencilla del mundo.

—¿Y cual es?

—Porque salgo de Paris.

—¿Mañana?

—Sí, en el primer tren de la mañana.

—¿Vais de viaje?

—Si no de viaje, por lo menos me ausento.

—¿Y durará mucho esa ausencia?

—Ni aun yo mismo puedo precisar el tiempo que duraré.

El príncipe no podia prolongar el interrogatorio sin incurrir en una manifiesta indiscrecion y sin exponerse á comprometer el secreto que debia guardar á toda costa, por lo que fué presa de mortal angustia, que no dejaba de ser fundada.

—¿Qué significa esto?—preguntábase.—Lazarine ha salido de Paris, y este hombre á su vez sale tambien. ¿Acaso medita una nueva persecucion? ¿Como saberlo, y sobre todo de que medio valerme para impedirlo, clavado como me hallo en el lecho como consecuencia de esta maldita herida?

Semejante pregunta no hallaba, como era natural, respuesta satisfactoria.

Desde este momento aumentóse la preocupacion y el malestar de Héctor, dando lugar con ello á que Marcelo Laugier notase que algo extraño pasaba en el ánimo de su interlocutor.

Achacó á la fatiga tan brusco cambio, que no tenia para él ninguna otra explicacion, y culpándose de haberla producido, se levantó y

ofreció su mano al jóven, á quien consideraba ya como á un amigo.

El llamado Begourde experimentaba un sentimiento de violenta repulsion; pero temia hacerse traicion al rehusar la mano que se le ofrecia, y se contentó con corresponder con frialdad al apreton expresivo de Marcelo.

Este último se retiró algo sorprendido, pero no desconcertado, atribuyendo mas que nunca el mal humor de su adversario al estado febril de su convalecencia.

No bien hubo salido el ex-oficial del cuarto de Héctor, oprimió éste por dos veces el timbre con extremada viveza.

Presentóse German.

—Papel, plumas, tinta, todo lo necesario para escribir; al instante.

Y como viese Héctor que el criado permanecia inmóvil, añadió:

—¿Qué esperais, pues?

—¿El señor quiere escribir?—preguntó German con tono humilde.

—Sin duda, quiero escribir.

—El señor me permitirá le recuerde que el doctor lo ha prohibido en absoluto.

—¿Qué me importa á mi la prohibicion del médico?

—Con todo.....

—Obedeced, ú os despido de mi servicio.

—Ruego al señor que vea que mi desvelo obedece tan solo.....

—Una cosa es el desvelo y otra cosa es el abuso; andad pronto.

—Voy corriendo.

Dos minutos despues el hijo adoptivo de Godefroy, sentado en su cama, apoyada la espalda en dos almohadas, con una cartera sobre las rodillas y pluma en mano, escribia estas dos palabras:

"Adorada Lazarine."

Entonces fué cuando se apercibió de que era menos fácil de lo que habia creido llevar á cabo lo que se habia propuesto. Un temblor nervioso producido por la debilidad agitaba su mano. Bajo sus ojos se extendia una especie de niebla, le zumbaban los oídos y veía millares de puntos negros revoloteando alrededor del papel.

Sin embargo, tenia suficiente energia para hacerse superior á su debilidad cuando llegaba el momento. Luchó, pues, contra el desvanecimiento que de él se apoderaba, y logró salir vencedor á fuerza de perseverancia. El pulso se afirmó, disipóse la niebla, cesó el ruido de los oídos. Parecia como que desaparecian los puntos negros, y al fin pudo Héctor formar caractéres de letra regular, y debajo de "Aadorada Lazarine" escribió las siguientes líneas, al

gun tanto calenturientas y desordenadas, y hasta un poco mas ampulosas de lo que hubiera convenido, pero que expresaban todo cuanto quiso decir:

"Vuestra adorada carta, que oprimo, ya sobre mi corazon, ya sobre mis labios, me han hecho completamente feliz, y contribuyendo á mi curacion mejor aún que los cuidados del médico y las atenciones de que me hallo rodeado. A su lectura debo exclusivamente las fuerzas que voy recuperando, y que pronto tendré por completo.

"¡Os habia comprendido, querida Lazarine!

"El instinto de mi amor me dijo á su tiempo que érais vos la mujer heróica, la encarnacion viva de la ternura y de la caridad que se apareció á la cabecera de mi cama en las terribles horas en que, vencido por la agonia, podia ya considerárseme como borrado en el libro de los vivientes.

"No me equivocaba, y de ello me ha dado pruebas vuestra carta.

"Mi vida entera será muy corta para manifestaros mi agradecimiento y pagaros con usura la felicidad que me habeis dado.

"Cuando ya seais mi idolatrada mujer; cuando seais princesa de Castel-Vivant, juro satisfacer la deuda contraida.

"Forzoso me es, sin embargo, detenerme en

este camino. Si pretendiera escribir tan solo la millonésima parte de mis trasportes, sería nunca acabar; y aunque escribiera años enteros, no habria aún empezado á deciros lo que siento.

"Debo advertiros una cosa séria y tal vez grave, y que me importa mucho que sepais sin tardanza. Si no me engañan mis presentimientos, os amenaza un peligro.... quiera Dios que no parezca exagerada la importancia de él.

"He aquí lo que ocurre:

"Mi adversario, el hombre cuyo nombre no puedo estampar en estas líneas, ha creido sin duda que ejecutaria un acto de perfecta hidalguia viniendo á informarse de mi salud. Me entregaron su tarjeta el mismo dia que vuestro padre, acompañado del príncipe Godefroy, me dispensaba el honor de visitarme. Hoy, sabiendo que el médico me ha permitido regresar á Paris, este hombre se ha presentado en mi casa.

"El instinto de que os hablaba hace un momento, y que no me engaña nunca cuando se trata de vos, me previno que lo recibiese, puesto que tal vez de mi conversacion con él resultase algo provechoso.

"Vais á juzgar, querida Lazarine, cuan bien hice en seguir esta inspiracion.

"La plaga que mi mala estrella y mi poca destreza me han impedido desembarazaros; saldrá mañana de Paris, que hace cinco dias habeis abandonado.

"Esto se llama seguiros de cerca.

"¿A donde vá?.....

"Lo ignoro, pero temo acertarlo. Tiemblo que se ponga sobre vuestros pasos, y que, aprovechando vuestro absoluto aislamiento en el fondo de esa provincia y en un castillo tan grande, pretenda de nuevo imponerse, ya con amenazas, ya con intimidaciones, porque todos los medios son buenos, por infames que sean, y ante los cuales no retrocederia cuando se trata de conseguir un objeto semejante. Yo estoy aquí.... lejos de vos.... incapaz de protegeros... impotente para defenderos... ¡Ah, semejante idea me pone febril y me mata!....

"Si no quereis, adorada Lazarine, verme morir de inquietud y de angustia, preciso es que me concedais la gracia que os pido y que de rodillas os ruego.

"Mis fuerzas crecen rápidamente; os lo repito.

"Dentro de dos dias estaré en pié, á menos que la fatal influencia de lo moral sobre lo físico no sea un obstáculo para mi completa curacion; pero de vos depende que deje de torturarme la imaginacion.

"Ved lo que es preciso hacer.

"Si el hombre de que os hablo aparece por la Tour du Roy, pronto lo sabreis, es decir, dentro de dos ó tres dias.... Escribidme al instante, ó mejor aún madadme un telegrama, y sin perder un momento saldré para el Loiret.

"No temais por mi parte ninguna inconveniencia. Seré la discrecion personificada y la prudencia hasta lo infinito.... No iré ni aun á veros si me mandais que permanezca alejado de vos; pero por lo menos estaré cerca de vos, y tendreis en caso de necesidad quien os defienda.

"No os cuideis del punto donde pueda alojarme en los alrededores sin llamar la atencion.

"Una casualidad inverosímil en fuerza de ser muy feliz, viene milagrosamente en mi ayuda. Figuraos que en la época que era artista antes de ser príncipe hice algunos dibujos para uno de los mas millonarios, y seguramente el mas simpático de los editores de Paris, un gran conocedor en materia de artes."

Héctor, arrastrado por la fuerza de la costumbre, iba á añadir: *Este es quien únicamente me adelantaba siempre de buen grado dos ó tres luises.* Reflexionó que semejante recuerdo era intempestivo dirigiéndose á la marquesa, por lo que se abstuvo de consignarlo, y continuó diciendo:

"Este hombre amable posee al lado de Loiret, y por consiguiente no lejos de la Tour du Roy, una habitacion llamada el castillo de la Grand-Cour.

"No está allí en este momento, pero tengo la seguridad de que pondrá desde luego á mi disposicion su casa y sus criados por todo el tiempo que me convenga.

"Como veis, nada hay tan sencillo ni que menos compromisos envuelva. No seré para los curiosos un extranjero misterioso que llega de repente al país sin objeto conocido, sino que seré el huésped del dueño del castillo ausente, y así nadie tendrá que ocuparse de mí.

"Contestadme pronto, querida Lazarine, sea por carta ó por telegrama, y partiré.

"Creo que no tengo necesidad de deciros que os adoro; ¿no es verdad? Y sin embargo, os lo digo y os lo repetiré toda mi vida sin cansarme jamás.

HECTOR."

El príncipe puso un sobre á esta carta, la selló con lácre encarnado, estampando en él el escudo de los Castel-Vivant, y dió órden á German de que fuese un mozo á llevar la carta al correo.

En seguida, rendido de fatiga por un trabajo que superaba en mucho á sus fuerzas, se dejó caer sobre la almohada, durmióse profundamente, soñó que se batia de nuevo con Marcelo Laugier y que esta vez lo ensartaba como á una alondra.

XV

Lazarine, como ya sabemos, habia escrito tres cartas: una á su padre, la segunda á Marcelo Laugier, y la tercera al príncipe Totor.

De las dos últimas tienen ya conocimiento nuestros lectores, por habérselas puesto de manifiesto á medida que la marquesa las escribia.

Despues de haber saboreado la carta de la jóven viuda, fué cuando el ex-teniente se presentó en casa de Héctor, á quien causó tantas inquietudes con la brusca noticia de su marcha.

Marcelo, despues de la visita que hemos presenciado, se fué á su casa y contestó á la marquesa.

Decíale en pocas palabras que á la noche siguiente se instalaria nuevamente en casa del